



LO VERDADERO
ZHEN-ZHEN

Alana Stone

LO VERDADERO
ZHEN-ZHEN



Primera edición: febrero de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alana Stone

ISBN: 978-84-19748-04-1

ISBN digital: 978-84-19748-05-8

Depósito legal: M-5189-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedico este libro a Jenő Daniel Pap,
por enseñarme a amar,
por hacerme sentir amada,
por inspirarme para creer en la eternidad.*

DOMINGO, 1 DE OCTUBRE DEL 2017

Hay personas que pensarían que pasar muchos años en el mismo lugar, donde nada parece cambiar, podría ser monótono, tedioso o tal vez exasperante. Joel, sin embargo, podría amanecer mil años más viendo cada día aquel mismo paisaje y seguiría siendo profundamente feliz. Tal vez porque era capaz de ver los sutiles matices en los que nadie más reparaba. A pesar de ser el mismo sitio de siempre, para él nunca era igual.

Ahora el mundo iba demasiado deprisa, todas las personas se perdían la parte de tierra que tenían frente a sus ojos. En realidad, sin saberlo, perdían mucho más, lo único importante, la vida, que les pasa volando y no eran capaces ni de mirarla, ni tan siquiera de darse cuenta que estaba ahí.

Hacía una mañana increíble, fresca, renovadora y con aroma a otoño. Joel lo echaría de menos. Siempre había sido así, a pesar de la soledad de aquel lugar o tal vez por ella; pero también disfrutaba de tener todo un mundo más allá de su rincón favorito. Su cualidad principal era la adaptación. Él era capaz de seguir su propio ritmo de vida en cualquier lugar del mundo, en cualquier situación. Aun así, a veces se perdía y entonces, volvía a casa.

Sentado en el porche, reclinado en la vieja mecedora de su abuelo y con los pies cruzados sobre la barandilla, disfrutaba de su café y de las increíbles vistas. El crujir de la mecedora en aquel antiguo suelo le recordaba los momentos en los que juntos la construyeron.

Hacía ya mucho tiempo.

Muchas de las construcciones que había realizado junto a su abuelo continuaban conservando su resistencia y su encanto, gracias a los cuidados de Joel. Aunque ya no era la misma antigua cabaña de entonces. Con los años, había realizado reformas y ampliaciones, pero había cosas que permanecían inalteradas a pesar del paso del tiempo.

La mayoría piensa: «El paso del tiempo no perdona», pero Joel no culpaba al tiempo; lo que se destruía era por falta de cuidados. Eso se lo enseñó su abuelo. Un hombre culto, cuando no era habitual serlo, que eligió la solitaria montaña para pasar su vida. Él le enseñó algunas de las lecciones más importantes, y todas ellas guiaron su camino. «Lo que no se cuida perece», le decía continuamente el abuelo Salvador. Antes oía sus palabras resonar en su cabeza con su misma voz áspera y profunda; sin embargo, ahora ya no conseguía recordarla por más que lo intentara. Al parecer el tiempo, podía arrastrar consigo algunas cosas después de todo.

Allí sentado, saboreaba su taza de café. Lo hacía de la misma manera que saboreaba la vida; se tomaba su tiempo, usaba cada uno de sus sentidos y se recreaba en cada sensación. Años de práctica que habían hecho de él un maestro en dicho arte.

El aroma del café lo envolvía como un cálido y familiar manto, incluso hacía desaparecer por unos instantes la fragancia envolvente de tierra húmeda, pinos y hierbas aromáticas que solían reinar en aquel lugar. En ese momento se concentraba solamente en aquel olor que le provocaba un apacible despertar y le empujaba suavemente hacia la activación. Era como poner el *on* en un cerebro aún dormido.

Justo al amanecer, cuando el sol hacía acto de presencia, era cuando despertaban sus sentidos al mundo y el mundo parecía renacer. Ese aroma cálido y humeante que emanaba de aquella vieja taza que sostenía en el aire también le hacía resetear su olfato y era una manera eficaz de abrirse a los nuevos perfumes de la mañana.

El calor de la taza le resultaba reconfortante en sus manos y en cada trago, avivaba una llamarada interna que le erizaba la piel debido

al contraste con el frescor de la mañana. El sabor embriagador del café, le activaba cada fibra de su cuerpo mucho antes de que la cafeína hubiese podido ejercer su efecto. Un poderoso estímulo aprendido. Él sabía que era así, una simple asociación de ideas, por lo que no se sumía en el influjo del café pensando que tuviera realmente algún poder sobre él. No lo necesitaba en absoluto, lo que le hacía disfrutarlo aún más.

Las vistas, desde aquel lugar perdido en el mundo, le alimentaban y le tranquilizaban como los acogedores brazos de una madre que siempre estaba ahí dispuesta a recibirle cuando él lo necesitara. El amanecer descubría un paraíso de una belleza indescriptible, ya que para percibirla no bastaba con mirar alrededor, sino era más bien algo que se sentía en lo más profundo del ser. Aquel lugar, tan hermoso como muchos otros, contenía algo en su aire, en su historia, que lo hacía incomparable para Joel.

Desde donde se encontraba se podía ver un pequeño trozo del lago. Estaba unos trescientos metros más abajo y con la luz del sol adquiría las tonalidades de una preciosa gema verde esmeralda, como si la tierra se hubiese abierto y hubiese emergido aquel hermoso cristal para deslumbrar al mundo con su belleza. Ese día además unas pequeñas nubes dispersas dibujaban un cielo muy artístico, por lo que los juegos de luces y sombras eran continuos. Los árboles frutales proporcionaban un contraste en aquel lugar donde predominaban los pinos y coloreaban la escena cuando florecían, de tal manera que hacían percibir distintos paisajes y tonalidades según la época del año. Aunque a principios de octubre era época de cambios. Los álamos y chopos empezaban a ofrecer sus características tonalidades ocres. Era como contemplar una obra de Monet en movimiento, en la que los colores se iban fusionando y transformando a lo largo del día y que desaparecían casi por completo cuando llegaba la noche. Entonces todo desaparecía y quedaba solo él, en su soledad. No era una soledad oscura y triste. Joel no se parecía a la mayoría de los seres humanos. Su soledad era una elección que le proporcionaba paz, sosiego, y que le hacía sonreír cada día, saliera o no el sol.

Era su pequeña isla en las montañas.

Sonreía. No lo podía evitar, ¿cómo podría alguien mirar aquello y no sonreír? Ya quedaba poco para volver al mundo. Tenía previsto salir después de comer para que le diera tiempo de preparar la marcha. No pensaba volver en bastante tiempo, o al menos eso pensaba entonces. Durante las semanas que había pasado en la cabaña, había tenido mucho trabajo; pequeñas reformas, cortar la leña para el invierno, podar algunos árboles y todo lo que iba surgiendo en el día a día en aquel lugar alejado del resto del mundo.

Se sentía muy afortunado por poder pasar allí todo el tiempo que su trabajo le permitía. Era el espacio donde tenía la impresión de hacer pequeños paréntesis; le servía para repararse, curarse las heridas y coger fuerzas para volver a enfrentarse al mundo social. Allí entraba en un contacto íntimo consigo mismo y con la tierra. Allí era consciente de que no necesitaba nada más para vivir. Sabía que lo tenía todo.

Había sido una temporada llena de frutos y cosechas. Este año no se encargaría él personalmente de recogerlas. Ya no era algo que soliera hacer. Había encargado a unos conocidos, vecinos de una aldea cercana, la recogida de todos sus bienes alimenticios. Moras, uvas, manzanas... Ya habían recogido gran parte y pronto vendrían a por el resto. Ellos lo consideraban un amable regalo de Joel. Él pensaba que era un regalo de la naturaleza y solo se sentía más bien como un intermediario. A su vuelta siempre le regalaban una divertida visita cargados con diversas conservas, mermeladas y algunos productos congelados. Era sin duda un buen trato, en el que todos eran ganadores.

Antes de comenzar con las tareas, daría un último paseo por el lago.

Era una de las cosas que más extrañaría.

Joel era un ser peculiar, que dedicaba más tiempo a vivir que a añorar, pero en la vida había tiempo de todo. Pensar en aquel lugar solo le aportaba bienestar y esa sensación en el día a día hay ocasiones en las que se echa de menos. De todas formas, era

capaz de volver a él solo cerrando los ojos, incluso podía recrear los olores y volver con su mente cada vez que lo necesitaba.

Tomó su canoa y bajó la montaña hasta el lago. Sería una buena despedida.

Era como cruzar un espejo, un cristal verde que se abría a su paso, rompiendo su firmeza cristalina en diversas ondas que dibujaban la superficie. Al llegar al centro, la perspectiva cambiaba y podía apreciar la inmensa longitud del embalse de Anchuricas y tras una larga respiración se encaminó a recorrerlo, observando cada rama, cada hoja, cada ave... Quería recordarlo todo tal y como lo veía y sentía en aquel instante.

Y lo haría, rememoraría cada detalle.

Era un ejercicio de memoria que realizaba desde hacía mucho tiempo. De todos sus entrenamientos mentales para seguir conservando un cerebro joven y ágil, reproducir al detalle y con cada sentido ciertos lugares y situaciones, era uno de sus favoritos.

Se despidió de su hogar con una sonrisa. Era el lugar que le había llevado a ser tal y como era, el sitio donde sus secretos campaban libres, sin ataduras ni máscaras. Allí desde el silbante viento que comenzaba a surgir amenazante, a la invisible profundidad del lago, gritaban los ecos de sus intimidades más recónditas, como susurros de sirena que solo él podía escuchar.

Llegó la hora.

Una mezcla de sentimientos se arremolinaba en su mente; sin embargo, algo le hacía vibrar de una manera diferente; una sensación en su pecho, en su piel... Joel tenía un presentimiento. Intuía que algo bueno iba a pasar cuando volviese a Serena, podía sentirlo; una excitación y una alegría desmedida comenzaban a cobrar vida en su interior. Estaba deseando saber con qué le sorprendería la vida esta vez. Decidió no pensar más en ello; divagar siempre le había parecido una pérdida de tiempo, y él era eminentemente pragmático. Además, sabía que cuanto antes dejase de pensar en ello, antes descubriría lo que se estaba gestando ya en su interior. Le llevó muchos años darse cuenta,

pero ahora ya no tenía dudas en cuanto al funcionamiento de su mente y su cuerpo.

Ya estaba todo listo en el maletero de su recién estrenado. Mercedes negro que se había adaptado tan bien a su ritmo de vida. Aún olía a nuevo, y era una sensación que le encantaba; deseaba que permaneciera aquel aroma para siempre. Era su compañero de viajes y aunque fuese una simple máquina, no lo trataba de esa manera; pensaba que incluso las cosas necesitan cariño y cuidados y si se los profesabas podían durar para siempre, tal y como le decía siempre su abuelo.

El viaje era largo, pero le encantaba conducir por esas pequeñas carreteras de montañas llenas de árboles, curvas y de sorpresas. No era extraño que se avistasen algunos animales por aquellos lugares, aunque no era usual en esas horas. Tanto por la mañana temprano, como a última hora de la tarde, lo raro era no cruzarse con alguna cabra, alguna liebre, ardillas saltando de un lado a otro, las cuales solían visitarle a menudo también en su cabaña; muflones, gamos y ciervos con los que había que tener especial cuidado por su tamaño, y que solían ser los más escurridizos.

Estaba alerta, concentrado y disfrutando de Mozart, la *Sinfonía N.º 40*, a la que continuaron muchas más, no solo de ese risueño e histriónico autor, también Vivaldi, Bach, Liszt y una larga lista de canciones dedicadas a ese momento. Al conducir por la zona de montañas, solo escuchaba música clásica. Desde que lo probó, hacía ya varios años, se había convertido en un placentero ritual.

Pensaba que cuando encontrabas la combinación perfecta, no había por qué cambiarla. Y conduciendo a través de la naturaleza, los clásicos le estimulaban y le hacían vivir un estado perfecto en el que se combinaban alerta, placer y relajación en su justa medida.

A pesar de que Serena se encontraba a unas tres horas y media de viaje desde su cabaña, no le resultaba un viaje pesado. La alegría de reencontrarse con amigos era realmente alentadora; había muchas personas a las que había cogido cariño con el tiempo. Además, su trabajo le encantaba. Había encontrado en aquel pequeño pueblo de montaña un hogar.

«Serena, Serena, pronto estaré contigo», pensaba sonriendo.

Le gustaba todo de ese nombre, el sonido y lo que evocaba en su mente.

La primera vez que paró en Serena tenía solo la intención de pasar unos días con un viejo amigo, Leo, que había conocido en una inusual circunstancia un tiempo atrás. Por aquel entonces, Leo estaba en excedencia forzada y pasando un momento delicado. En Serena volvía a trabajar y se sentía renovado, enamorado del pueblo y de una mujer. El entusiasmo de su amigo, los nuevos comienzos que parecían aventurar un futuro prometedor pudieron ser contagiosamente estimulantes y así fue como una visita temporal terminó siendo su nueva residencia.

Una más de tantas que había tenido a lo largo del tiempo.

Era un lugar hermoso como su nombre; sin embargo, no era eso lo que más le atraía. El mundo estaba lleno de lugares increíbles y había vivido en muchos de ellos. Este pueblo estaba empezando a ser más especial por los lazos que había creado con algunas personas. Era el momento de volver a abrirse al mundo y estaba dispuesto a encontrar la manera de encajar en él. En aquel lugar, en Serena, sin duda consiguió su objetivo.

Su centro vital, su verdadero hogar, lo único perenne en su vida era su «vieja cabaña», a la que seguía llamando así, más por edad que porque realmente ese calificativo fuese apropiado para describirla. Hay costumbres y nombres que quedan ahí atrapados sin variar a pesar de los evidentes cambios. En ella había pasado casi toda su vida y era su referente, su vínculo familiar. Un montón de ladrillos y maderas era la única familia que le quedaba en realidad. Quizás por esa razón las relaciones que se aproximaban a las familiares eran tan importantes para él. También era el lugar donde guardaba sus secretos. Seguía viviendo en un mundo que no estaba preparado para conocerlos. Sin embargo, tenía la esperanza de liberarse pronto de todos y cada uno de ellos. No pesaban, no eran cargas, sino más bien un deseo de compartir con alguien aquello que eres y que posees.

Llegó a su apartamento, un moderno y espacioso ático en las afueras del pueblo. Era una zona construida recientemente. Estructuras simétricas y lineales propias de la modernidad. Contrastaban en aquel paraje verde, lleno de casas de piedra antiguas. El pueblo crecía, y lo moderno también tomó su lugar.

Tras acomodarse y descargar algunas cosas que siempre llevaba de acá para allá, salió a tomar algo. Sabía dónde encontraría con bastante probabilidad a Leo, sin duda, en aquellos momentos, una de las personas más importantes en el mundo para él.

El Pub Ellis era el lugar donde Leo desconectaba del trabajo antes de volver a casa. Todas las tensiones, enfados y negatividad del día los diluía con una copa o una cerveza, y allí se quedaban consumidos y quemados. Decía que su casa era un lugar sagrado en el que estaba prohibido entrar con malos rollos que pudieran perturbar su paz y su sueño.

Aunque iba siempre a recrearse en aquel ruidoso espacio, cada día, con relax y con estrés, con trabajo o sin él, y aquello no era más que una excusa que se ponía a sí mismo porque no quería reconocer «su dependencia» a pasar unos ratos al día en aquel lugar. No tanto por el alcohol como por el ritual de desconexión en sí.

Y justamente allí estaba. Al fondo de la barra. Un lugar estratégico donde poder controlar todo a su alrededor y, como solía decir, elegido por «deformación profesional».

Sin duda Leo era un policía competente, pero lo único que Joel le había visto controlar desde allí eran las diferentes exuberantes anatomías de las camareras. Y justo en eso andaba cuando Joel entró buscándole.

Ni siquiera lo vio entrar, a pesar de presumir siempre sobre tener ojos hasta en la nuca. Leo tenía la cabeza ligeramente inclinada en dirección a la parte interior de la barra, donde supuso Joel que debería estar alguna camarera agachada realizando alguna de sus tareas.

—Hola, mirón —le dijo Joel muy bajito, justo desde su lado.

Leo dio un respingo. Le pilló desprevenido. Se giró hacia su amigo, sorprendido y contento de volver a verle. Le respondió con unas

palmaditas cariñosas y una media sonrisa. Jamás reconocería en voz alta que su corazón andaba a mil por hora debido a la sorpresa.

—¡Por fin estás de vuelta! —le dijo ampliando más aún su sonrisa—. ¡Se te ha echado de menos! —añadió medio gritando.

Allí era casi imposible en ocasiones hablar de otra manera. Ese día, no obstante, la música estaba especialmente alta.

—¿Sí? ¿Quién me ha echado de menos? ¿Tú, Leo?

Sabía que a su amigo no se le daba demasiado bien demostrar el afecto, ni personalizarlo, «se te quiere», «se te ha echado de menos» eran su manera más directa de mostrar cariño. A Joel no le importaba. Lo conocía bien y disfrutaba pinchándole un poco.

—¡Pues claro! —dijo mirando hacia el suelo—. Bueno, y también todas las abuelitas ricas del pueblo, que enfermarían con tal de tener una excusa de ver al guaperas del médico —dijo con guasa para salir lo antes posible del momento sensiblero de reencuentro.

—¡A mí me va alegrar hasta ver a los pacientes! ¡A todos! Hasta los más pesados y quejicas. Hacía mucho que no pasaba tanto tiempo en «la isla».

—Es verdad, pero no puedo decir que no te entienda... Cada vez que te vas, vuelves más joven y guapetón —le dijo cogiéndole las mejillas cariñosamente y guiñando los ojos.

Y los dos rieron. Ellos tenían sus códigos. Esos que te dan la amistad y sobre todo el tiempo.

Pasaron horas hablando, poniéndose al día. Después de unos meses, siempre había novedades, pero ninguna sorprendente. Era uno de los pueblos más grandes de la comarca. La ciudad de los alrededores, pero seguía conservando el encanto de un pueblo de montaña y sobre todo increíbles paisajes. Por allí pasaba el río Blanco, aquel que nacía más arriba, más adentro, allí donde se encontraba el punto cero de Joel. Aquellas mismas aguas cristalinas pasaban bordeando Serena y hacían de hilo conductor entre sus dos vidas.

A Leo le había dejado su novia y, como con el resto de mujeres que habían pasado por su vida, no le daba demasiada importancia. Estaba acostumbrado. No solía tener relaciones demasiado largas,

ni demasiado profundas, debido a secuelas del pasado. Cuando se mudó a Serena, pareció dar un gran salto. Tenía ganas de trabajar, de estudiar, de ascender e incluso parecía haber encontrado el amor en otra forastera en aquel lugar; pero los miedos y los fantasmas del pasado hicieron su aparición; o tal vez fueron demasiadas novedades y saltos de un golpe. El caso es que terminó siendo la inauguración de un montón de relaciones similares. En cierta manera, en lo que a mujeres se refiere fue como si quedara atascado en la casilla de salida del parchís, jamás salía un cinco que le hiciese avanzar.

Le contó algunos cotilleos más de su trabajo, al menos sobre lo que era de dominio público y se podía contar, que en un pueblo como aquel venía a ser casi todo. La policía puede tener algunas de las mejores anécdotas e historias sorprendentes. Joel, que había vivido mucho y visto mucho mundo, era consciente de que la realidad en muchas ocasiones supera la ficción. Ocurren cosas inimaginables cada día. Incluso en lugares como aquel. El ser humano los seguía sorprendiendo a ambos. Por fortuna, allí, en aquel pequeño gran pueblo, solo ocurrían desastres de tanto en tanto.

Remató la noche con lo que fue la noticia más trágica del mes.

—¡No sabes lo mejor! ¡Se ha muerto *el Maño*!

—Pero ¿qué dices? Si lo acabo de ver en la plaza... —saltó extrañado Joel

—Pues seguramente el olor del barril de alcohol que derramó el otro día Peñalver lo resucitó —añadió entre risas Leo—. Te cuento la historia... No tiene desperdicio. El caso es que un día nos lo encontramos inconsciente y llamamos a la ambulancia. La verdad es que no pensábamos que fuese a salir de esta. Estaba totalmente dormido y no había manera de despertarlo. Al día siguiente en las redes sociales pusieron fotos y retratos del Maño comunicando que había muerto. La noticia se extendió como la pólvora. Mis compañeros y yo no dijimos nada porque sentíamos curiosidad por la reacción tan cariñosa de la gente. Las beatas del pueblo hablaron de organizarle una misa y un funeral. Hablaban de hacer

incluso una recolecta para que no le faltase de nada. Eso mujeres que si lo veían cruzaban la calle para no pasar demasiado cerca, y en realidad con razón. La verdad es que cuando estaba de buenas, bien; pero como tenía la cabeza ida, nunca sabías por dónde te podía salir. A los pocos días, ya estaba en las calles, lavado, desinfectado y peinado, hecho un pincel que lo dejaron... Y en poco tiempo volvió a ser el maño borracho y asqueroso de siempre..., pero de aquello nadie dijo nada. Todo el mundo lo vio y lo volvió a ignorar como siempre.

—La vida me sigue pareciendo un misterio. Hay personas que con unos traspíes con la bebida acaban rápidamente con su vida. ¿y cuánto tiempo lleva el Maño borracho?

—Pues ya sabes que no llevo demasiado aquí, pero la gente del pueblo dice que vino hace cuarenta años, y ya estaba más o menos igual. Dicen que es un misterio. Hay quien dice que parece un muerto viviente, como si estuviese conservado en formol.

Los dos reían con humor, ¿qué otra cosa podían hacer?

—¿Y no se le podría ayudar? —dijo Leo cuando se recompuso de las risas—. Lo digo en serio. Al salir del hospital, lavadito y con mejor aspecto, tuve la esperanza de que con ayuda podría estar mejor.

—Cuarenta años en un estado parecido... Yo no soy muy de poner «imposible» en mi vocabulario, pero para empezar es probable que si dejase el alcohol muriese... Por tanto, para seguir vivo, debe seguir en ese estado. Hay tratamientos alternativos al alcohol, pero si no está en un centro sería inviable. Pero de verdad que es un misterio. A veces parece, que a los que no les importa si seguir vivos o no, los mantuviera un lazo indestructible unidos a la vida —pensaba en voz alta Joel, que siempre encontraba un motivo para filosofar acerca de la vida.

La muerte del Maño, uno de esos personajes pintorescos del pueblo en los que incluso sus desgracias pasan a ser una costumbre más, llamó la curiosidad en los pensamientos de Joel. Aquel hombre, siempre borracho, casi inconsciente de estar vivo, pasó a ser como parte del paisaje, nadie lo veía ni quería verlo normalmente;

sin embargo, tuvo que morir para ser por fin percibido por los habitantes de Serena.

«Lo que no se ve en vida, se ve en la muerte», pensó Joel reflexivo.

Pero estando allí, y sobre todo estando con su amigo, decidió aparcar sus pensamientos para otro momento. Cuando se juntaban Joel y Leo lo que abundaba eran las risas, muchas risas. Ambos tenían un excelente sentido del humor y podían comprenderse con una simple mirada. Podían reír incluso de lo que uno sabía que estaría pensando el otro.

Como novedad, había una nueva chica en el pueblo, prima de Leo. Hablaba de ella con mucho cariño y le hacía mucha ilusión tener a alguien de su familia cerca. Sobre todo, porque era de «la parte buena».

Siempre hay una parte mala en la familia y esa era mejor tenerla lejos, decía Leo a menudo.

Joel se alegró mucho por él, ya que podía ser una buena influencia. Una mujer a la que quería, sin murallas de por medio, grandes e infranqueables, las cuales no perdía jamás de vista. Si la muralla amenazaba con resquebrajarse o salía corriendo o la triplicaba, por lo que ella o, mejor dicho, todas ellas solían salir huyendo. Unas antes que otras. Las había muy tenaces que le perseguían e insistían en que podrían cambiarlo. A Leo le faltaba abrirse al amor, volver a amar; a ellas les faltaba mucho amor propio, que buscaban con ahínco en un lugar desolado por antiguos fuegos. A Leo sin duda lo amaron, al menos algunas de ellas. Era un hombre atractivo, de rasgos más duros que Joel, más varoniles y angulosos. Quizás en belleza era menos perfecto que Joel, pero poseía un imán para las mujeres, y un atractivo indudable. Era muy alto, fuerte, y a pesar de no ser especialmente cariñoso, sabía ser encantador cuando quería conseguir algo. No le iba mal en conseguir mujeres, pero sí en conservarlas más de unas pocas semanas.

Una voz femenina susurrándole de cuando en cuando, una persona de su confianza en la que no había intereses sexuales de por

medio, era algo que podría venirle muy bien. Joel incluso pensaba que podía ser el mejor remedio para que su amigo solucionase sus problemas sentimentales. Si conseguía confiar en ella, quizás un día rompería la maldición que parecía tener con el género femenino. Se alegraba de verdad por él.

Ya era tarde, el tiempo con amigos es veloz como un rayo, o tal vez más rápido que la velocidad de la luz, siempre subjetivo y moldeable a nuestra percepción y, sin embargo, es el único que avanza al mismo paso y sin descanso, nos guste más o menos. Al día siguiente, al menos Joel tendría que trabajar. A Leo, al parecer, le esperaba, por lo que le había contado, un merecido día libre.

Se despidieron con un abrazo. El alcohol le hacía bajar la guardia a Leo y vivir de manera más cariñosa. Hay quien dice que el alcohol termina sacando aquello que intentas ocultar al mundo; unos se vuelven violentos y otros más cariñosos. Leo se volvía un cachorro indefenso y mimoso, y tal vez más triste de lo que se podía permitir para no caer en vicios pasados.

—Sabes que se te quiere, ¿verdad? —le dijo Leo un poco perjudicado por el alcohol.

Joel rio y le dio otro abrazo. No tenía arreglo, un «te quiero» era demasiado para él. Sin embargo, sabía que lo que guardaba en su interior era amor, atrapado, oculto, dañado, temeroso...; pero amor, al fin y al cabo.